

tregado á Luna, conducido despues al departamento Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposicion del congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del secretario del arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia."

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Silacayoapan fué el de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunia el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen á mi modo de ver un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad, proporcionó á Terán el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

III.

No habian pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano, salió Terán de su habitacion con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: *Que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea; ¡á las armas! corramos. . . .* Los soldados de guardia creyeron que su jefe se habia vuelto loco, y no sa-

bian que hacer, hasta que el cabo cuadrándose á su frente y con la mano en el casco, le dijo:

—¿Qué ordena mi coronel.

Esta interpelacion sacó de su éstasis á Terán; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fria, sonrió con los soldados, y le dijo al cabo:

—Tenemos que marchar hoy mismo, y cuento con mis buenos y valientes soldados.

—¡Viva nuestro coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados!

El coronel continuó:

—Cabo, vaya vd. en persona á decirle al mayor que venga al momento.

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el coronel arreglando su vestido, echó una mirada de satisfaccion á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos dias, mayor. El mayor se inclinó. Tenemos que marchar en este momento á Teotitlan. Alvarez tiene sitiado en este momento á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese jóven que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se da el segundo?

—A las once.

—¿Y el tercero?

—Cuando yo lo mande.

—Muy bien. ¿Tiene vd. otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de vd., mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al dia siguiente, la pequeña tropa, que apenas se componia de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaria trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados esta-

ban casi agonizando con la fatiga; y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herian sus piés descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditacion. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas, y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y de entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó lleno de decision; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y el coronel son iguales.

Los soldados reanimados, gritaron: ¡Viva el coronel! ¡viva la nacion! y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

¡Qué sublime seria ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su jefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada, y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos.

—Bien, dijo él: estos soldados son excelentes para mi plan.

Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver solo á unos cuantos centinelas inmóviles como unas estatuas; aplicó el oido y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observacion, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por un medio de la avanzada, vino á juntarse con sus soldados. In-

mediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiracion, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el subteniente Ezeta que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiracion.

—Oficial, ¿quiere vd. conservar la vida?

—Perdon, gracia, gracia, prorrumpió el oficial despavorido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Terán. Si vd. está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le prometo que vuelve á roncar como un ganapan, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que vd. quiera haré.

—Bien. Cubo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al señor oficial, y si acaso se mueve un soldado ó él chista palabra, lo clavas con la bayoneta.

Terán siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogonazos alumbró una porcion de bultos informes. Dada la primera descarga avanzó con sable en mano, y sus soldados tras él con bayoneta calada. La confusion y gritería fué horrenda; pero quince minutos despues mandó tocar reunion, porque los seiscientos enemigos habian abandonado el campo á toda prisa. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor patrio eran vínculos que los hacian amarse doblemente.

En estos tiempos azarosos, de agitacion y de guerra, los acontecimientos se sucedian unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacan, tenia noticia de la próxima llegada del congreso, que convocó en Chilpancingo el Sr. Morelos, y pensó seriamente que esta reunion, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el li-

bre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al congreso; y como nuestro coronel era de maneras finas y afables, no mostró ninguna preveniön hostil contra los ambulantes diputados, pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada San Francisco.

En cuanto á los gobernantes, mandaban donde quiera que se hallasen, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pesar de su inestabilidad de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecian, á la manera que el digno prevoste Tristan L'Hermite, armado con su garrucha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia en nombre de su augusto amo el Sr. Luis XI.

Bien que el congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Estas y otras mas consideraciones vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que habia hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales bruscos y groseros, trató de exigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera mas atenta.

—¡Rayo del cielo! dijo Terán. Es la cosa mas admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazon leal, incapaz de mancillarse

con la vil codicia.—Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacernos de esta reunion de locos que se llama congreso. ¿Le cabe á vd. en el juicio que mis paisanos, que me han visto exponer mil veces mi cabeza, me traten de ladron? ¡Vive el cielo, mayor, que podria, á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventanal.... Y lo haré, sí señor....

El mayor se estremeció, y el coronel habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene vd. razon, mayor: su silencio me da á entender que no es vd. de mi dictámen. Un momento de cólera me ha hecho prorrumpir en mil necedades. Si yo he de vivir en la historia de mi país, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios. Por otra parte, esos hombres exponen tambien su cabeza por la patria, y no de de ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de enmedio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos, por ejemplo, unos dias, y despues dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas.... ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, mayor, daré á vd. mañana mis instrucciones; por ahora necesito descansar un poco, y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolucion del congreso, y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los Sres D. Antonio Cumplido, D. Ignacio Alas y D. Manuel de Mier y Terán.

Los miembros del congreso fueron arrestados; pero á los tres dias comenzaron á salir en libertad. Fué así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Terán, en poco tiempo, desde la esfera de subalterno despreciado por su jefe, al rango de magnate del gobierno provisional de la República.

Nuestro respetable historiador y anticuario D. Carlos Bus-

tamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Terán, y de considerar este acto como un borron que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, seame lícito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinion, y acogerme á la de otro historiador mas atrevido y mas enérgico para pintar á las cosas y á los hombres. D. Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento se expresa así: "D. Manuel Terán se encontró embarazado con muchos mandones, despues de haber conseguido liberarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nacion mexicana, pero que en realidad no eran mas que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los mas por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos, que hacen tolerable la usurpacion, venian á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oaxaca los males que ya habian hecho en la de México y Valladolid."

Que Terán tenia ideas liberales no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprueban; pero conocia que en las circunstancias que guardaba la insurreccion del país, no convenia aún el establecimiento de un gobierno democrático, bueno solo para cuando los países están en tranquilidad, y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detencion de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó despues de la disolucion del congreso, en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opinion de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra, en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los jefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos colegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

Este golpe no desanimó á Terán: reflexionó que para ser algo en el mundo se necesita pasar por una série de peligros

y por una cadena de sinsabores y contradicciones; y una vez puesto en este camino áspero que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podian darle los enemigos, y la ingratitud con que preveía le pagarian sus conciudadanos. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepeji de la Seda. Sabiendo que la plaza de Acatlan, donde mandaba el conde de la Cadena, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañon y alguna infantería, cuatro dias, un fuego vivísimo hasta que supo que Samaniego se encaminaba á atacar á Tepeji. Voló, pues, en auxilio de su hermano que se hallaba allí; pero los enemigos se habian retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un valor y denuedo incomparables. La jornada dió por resultado la total dispersion de las tropas españolas, mandadas por un jefe llamado Barradas. Esta escena se habia de repetir catorce años despues en las riberas del Pánuco.

Terán, despues de esta feliz expedicion, regresó á Tehuacan; y desde allí dirigia continuamente guerrillas que interceptasen los convoyes enemigos, y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Terán no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazañas con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazon. Estaba íntimamente convencido de la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacia olvidar el derecho que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos, la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilizacion, nada tiene de singular; pero sí lo era en la época de la insurreccion de México, en que todos los jefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal, que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios mas bien de los remotos tiempos de Calígula y Neron que de una sociedad del siglo XIX.

IV.

Conocido ya el carácter de Terán, debe creerse que cualquier violencia militar lo incomodaba demasiado; y una de ellas fué la de la noticia que tuvo del desenfreno á iniquidades del capitán Fiallo en el pacífico pueblo de Tepejillo. Mandólo arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiración dentro del mismo calabozo, que tenía por objeto asesinar á Terán y sus adictos; mas como veremos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Terán al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algún medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Terán estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitán, que vd. solicitaba verme, y como justamente salí con esa intención, el asistente de vd. me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitán, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyéndome vd. se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegro de ello, le contestó Terán, y desearia

con toda mi alma que saliese vd. purificado, porque me ha merecido el concepto de valiente, y los exesos que se le imputan son propios de un cobarde.

El capitán se puso encendido y respondió:

—En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Terán no entendió el sentido de estas palabras, y le respondió:

—Sí, hará vd. muy bien: si sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó vd. á su carrera.

A ese tiempo Terán observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara, se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detrás de él.

—¡Hola! y ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo te has introducido sin ser sentido? ¿Qué hace este soldado aquí, señor capitán?

El capitán cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Terán comprendió al momento que había algún enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpelar al soldado, lo tomó del brazo.

—Por Dios que si no me dices por qué estabas detrás de mí, y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto!

El soldado, trémulo, cayó de rodillas exclamando:

—¡Perdon! ¡perdon!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venía á . . . matar á vd.! Y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenía oculto.

—¡Ola! continuó Terán, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que este es el valor que quería vd. darme á conocer, señor capitán?

El capitán, pálido, con los ojos desencajados y la boca entre abierta, murmuró unas palabras ininteligibles.

Terán entonces dijo con indignación al soldado:

—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu

jefe con un puñal en la mano; y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podría vengarme.

El soldado salió temblando.

—En cuanto á vd., señor capitán, la ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos días.

Después de este acontecimiento, Terán tuvo multitud de lances de guerra; pero ya la fortuna se había cansado de protegerlo: sufrió una derrota, y experimentó crueles padecimientos en la expedición que intentó á Goatzacoalcos.

Después de reñidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho; y éste entró en posesión de Tehuacan y Cerro Colorado, que eran los puntos más fuertes de los insurgentes. Terán, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algún tiempo en la oscuridad y en la pobreza, convencido de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

V.

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, sábios y honrados que ha producido México, se me permitirá trasportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la República á llenar la misión impuesta á su talento, ya que había cumplido la que Dios le señaló á su valor, en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colón.

El general Terán, porque ya entonces era general de brigada, partió, pues, con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á sustituir á las imágenes sangrientas y horrorosas de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó: las Provincias Internas no habían experimentado muchos vaivenes en tiempo de la guerra de independencia, así es que, en el año de 1827 todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpatizaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir